

## EL EFECTO PELIRROJO

No todos los pelirrojos somos iguales. La mayoría ni nos parecemos. Tampoco por el hecho de ser pelirrojos debemos ser amigos entre nosotros, ni estamos obligados a caernos bien, ni pertenecemos a una sociedad secreta como si fuéramos masones. No sé si quienes me estáis leyendo sois rubios o morenos, pero ¿verdad que no os hacéis amigos de alguien por su color de pelo? Sí, es cierto que cuando dos pelirrojos nos cruzamos por la calle nos miramos con complicidad, pero no siempre. Suele sucederme con los chicos, las chicas pelirrojas no me atraen, me gustan más las morenas, pero eso no viene al caso. O sí, pero no ahora. En verdad, gracias a que tanta gente piense esto, ahora tengo dos nuevos amores: una chica estupenda (morena) y el amor a la lectura.

Hace seis meses un amigo (al que ni nombraré porque no es necesario), me pidió que le devolviera en la Biblioteca Pública un libro que había tomado prestado. Del título ni me acuerdo (todavía no había comenzado mi romance con la lectura).

Entrar en la Biblioteca Pública es entrar en un espacio mágico y determina cada movimiento que uno hace, sobre todo al principio mientras uno no se habitúa a sus pasadizos. Aquella era la segunda vez que entraba en el Alcázar. Todos lo habréis visto en fotos, en todas las imágenes del casco histórico de Toledo se impone sobre cualquier otro elemento de la ciudad, excepto sobre la torre de la Catedral, con la que compite en protagonismo. Todos los toledanos nos sentimos orgullosos de nuestra ciudad. Incluso los pelirrojos, que parece que estemos al margen de cualquiera de las tres culturas.

Volviendo a esa sensación que provoca el Alcázar, uno debe subir las escaleras de piedra, pasar un control, tomar el ascensor y llegar a la última planta, atravesar puertas, bajar más escaleras, atravesar pasillos y más puertas, subir más escaleras. Esta biblioteca hace sentirse a uno importante. Entiendo que los estudiantes quieran pasar aquí la tarde, yo ya no estudio, pero si tuviera que hacerlo, creo que en este lugar uno no necesita ni esforzarse, seguro que los conocimientos están en el aire.

Aquel día, cuando ya estaba en la cola para devolver el libro de mi amigo, pasó cerca de mí un niño pelirrojo de unos seis o siete años. Me quedé mirándolo, no porque fuera pelirrojo sino porque tenía un parecido asombroso conmigo cuando yo tenía su edad. Era como encontrarse un Doppelgänger (es el doble de uno mismo, aunque en versión fantasma y con el contratiempo de que se aparece para anunciar la propia muerte).

Se dirigía hacia afuera.

–¿Vienes a dejar un libro? –Preguntó la chica del mostrador.

Me sentí fuera de lugar. Ver a ese crío transformó la realidad de ese momento, como si yo fuera ese niño.

–Sí, pero no ahora. Un momento.

Seguí al niño. Tenía la misma manera de andar que había visto en los vídeos que habían grabado mis padres cuando yo tenía siete u ocho años (justo antes de dejar de ser hijo único y aparecer cada vez menos en los vídeos). Y ¡cielos!, su sonrisa era la mía. El niño corría solo, como si estuviera en un laberinto divertido. Su abuela lo perseguía varios metros atrás. Llegó a la cafetería y se abrazó a las piernas de una señora que estaba mirando por los ventanales, posiblemente embobada con las vistas de la ciudad. No dudé que fuera su madre y menos cuando se giró y el reloj pareció volverse imbécil. Esa mujer era la imagen viva de mi madre con quince años menos y vestida con ropa actual.

Debía tener la misma edad que mi madre cuando yo rondaba la edad de ese niño. Me quedé petrificado. La cafetería es uno de los torreones del Alcázar, por lo que es cuadrada y no muy grande. Yo estaba en medio y me sentía ridículo. Supe quién era esa mujer y supe quién era ese niño.

Hice como que buscaba a alguien que no estaba y me dirigí de nuevo a la sala de estudio a devolver el libro.

Sabía que mi madre no era hija única. Su padre (mi abuelo) abandonó a su madre (mi abuela) cuando la mía debía rondar los diez años. Su padre se fue con otra mujer y con ella tuvo dos hijas. Toledo era por aquel entonces casi un pueblo y, para evitar cotilleos, que no se evitaron, se fueron a vivir a Madrid. Mi madre nos había contado esta historia varias veces, sobre todo porque yo preguntaba de quién había heredado el pelo rojo, y mi madre me enseñaba la única foto que tenía de él, pero claro, en blanco y negro, por lo que yo debía imaginarme que aquel señor avejentado tenía pelo y bigote pelirrojos.

Por conocidos de la familia, sabíamos que esas dos hermanas de mi madre vivían todavía en Madrid, se habían casado y habían tenido un hijo cada una, ambos pelirrojos, pero poco más me habían contado sobre ellos. Mi padres no lo ocultaban pero tampoco se extendían en este asunto.

Llegué al mostrador de los préstamos y mostré el libro a la misma chica con la que antes había hablado.

–¿Qué hermano más gracioso tienes?

–No. No es mi hermano. Pero sí que es gracioso.

–Pues cualquiera lo diría.

–Bueno. Todos los pelirrojos nos parecemos. –Mentí.

–¡En absoluto! Sois muy diferentes, pero él y tú sí os parecéis. Lo traen una o dos veces al mes y tenemos que estar persiguiéndolo por todo el Alcázar.

–¿Realmente crees que los pelirrojos no nos parecemos? Eres la primera persona a la que se lo escucho decir con tanta rotundidad.

–¿Y por qué os ibais a parecer? Tenéis el mismo color de pelo, eso es todo.

–Ya. Yo lo sé.

–James Joyce no se parecía en nada a Bernard Shaw, ni este a Gerald Durrell, ni este a Tom Wolf, o... –pensó un poco–, a Mark Twain, ni a D. H. Lawrence, o Ezra Pound...

–Lo cierto es que no sé si se parecían o no.

–¿No los conoces?

–Supongo que serán escritores, pero no soy muy aficionado a la lectura. Este libro es de un amigo que me ha pedido que se lo devuelva.

Nunca el hecho de ser pelirrojo había dirigido la conversación a la Literatura. Normalmente la gente cuando lleva un rato teniendo como tema el *pelirrojismo* (palabra que no reconoce el DRAE), termina preguntando (o se queda con las ganas de hacerlo) si mi vello púbico o el de los sobacos es pelirrojo también. El de los sobacos lo he enseñado más de una vez. Nadie pregunta si cuando era pequeño me gustaba ser pelirrojo, si me molestaba que algunos cretinos del colegio me llamaran zanahorio, Pumuki, Tintín, o que me dijeran que los pelirrojos teníamos cara de vaca. Seguro que había personajes pelirrojos importantes, pero todos pensaban en esos.

–Napoleón, Ramsés II, Shakespeare, Van Gogh...

–A esos sí los conozco.

–Puedo sugerirte libros con pelirrojos.

–Es que... no leo mucho. Bueno. No leo.

–¿Ni a Tintín?

La chica había sido encantadora y aquel tropiezo no se lo podía tener en cuenta. Conocía a más pelirrojos de los que conocía yo, así que fingí que Tintín me parecía interesante aunque no lo hubiera leído.

–No. Aunque lo conozco bien.

–Tengo el idóneo.

Durante diez minutos aquella muchacha (semanas después sabría que se llamaba Alicia) hizo que me olvidara de mi Doppelgänger, de mis suposiciones sobre si era o no mi tía aquella mujer y, por tanto, aquel niño mi primo. Como no tenía carné de biblioteca, allí mismo me rellenó la ficha, me hizo una foto y fue ella en persona a buscarme el libro.

–Cuando vengas a devolverlo habré pensado en el siguiente libro idóneo para pelirrojos.

–Vaya. Menos mal que esto no es un banco, habría salido de aquí con un préstamo de cuatro millones de euros al interés más elevado que hubiera.

Tras despedirnos volví discretamente a la cafetería pero allí ya no quedaba nadie.

*Tom Sawyer*. ¿Quién no había escuchado hablar de él? Sin embargo no sabía ni de qué trataba. En aquel momento doscientas páginas me parecían una barbaridad pero me había resultado imposible decirle que no a aquella chica.

Cuando le conté a mi madre la historia de mi doble y del de ella no se mostró tan entusiasmada como creí que se sentiría. Quizás no le hizo gracia que me encontrara con ellos, quizás se imaginó a su hermanastra y a mí estableciendo amistad. Yo tengo un hermano menor y, aunque lo adoro, a veces echo de menos no ser hijo único, durante mis seis primeros años estuve solo, yo era el hijo, el único. Supongo que mi madre tenía la oportunidad de ser la única por propia decisión y así deseaba que se mantuviera. Si me relacionaba con esa familia obligaría a mi madre a relacionarse también y, aunque todo esto eran suposiciones mías, llegué a creerlo de manera inconsciente.

No estoy seguro de si aquella noche soñé con la bibliotecaria, o con mi primo, o con Tom Sawyer (que había comenzado a leerlo aquella misma tarde), pero sí recuerdo aquel día como si hubiera sido una película, casi fotograma a fotograma. Me había quedado con lo que me dijo la chica: “*viene un par de veces al mes y hay que estar persiguiéndolo por todo el Alcázar*”. Era un dos de julio, martes ¿Cada cuánto iban? ¿Cada quince días? ¿Cada tres semanas? Decidí que volvería el día dieciséis y con discreción preguntaría a la bibliotecaria si el niño pelirrojo había pasado por allí. Y por qué no, también serviría de excusa para hablar con ella.

Hasta aquel día no supe que Ramses II, Napoleón o Shakespeare hubieran sido pelirrojos. Entre estos y Van Gogh ya podría demostrar a muchos que los pelirrojos no somos todos unos chicos traviosos y bromistas, tópico que nos persigue, a lo que suelo responder que si fuera así, a Irlanda nadie se la tomaría en serio. La Historia recuerda a

los pelirrojos que han hecho algo memorable, pero al resto se les olvida, algunos fueron y somos de lo más normal, con un grado de timidez que roza lo enfermizo, o no tenemos una simpatía desbordante por la que la gente quiera estar escuchándonos en todo momento.

Volviendo al asunto del Doppelgänger (aunque no era mi Doppelgänger), la leyenda dice que si uno se cruza con su doble es porque pronto se va a morir. No es que me hubiera atemorizado aquello, sobre todo porque estaba casi convencido de que no era mi Doppelgänger sino mi primo que, por cierto, él sí tenía pinta de travieso, él sí habría sido un Tom Sawyer (yo no, dice mi madre que yo nací serio). Digo casi convencido de que era mi primo porque jamás pude comprobarlo, y no fue porque no lo intentara. Cada vez que iba a la biblioteca parecía un indio americano buscando una cabellera, o el fantasma de Canterville deambulando por el Alcázar (referencia que puedo hacer ahora porque ya he leído el libro).

La primera vez que estuve con Alicia sin el mostrador de la biblioteca entre nosotros no es que nos alejáramos mucho: la cafetería. Yo tomé un café y ella una infusión de frutos del bosque que impregnó de olor dulce aquel espacio.

Sabía que cuando le devolviera su *último-libro-idóneo-para-pelirrojos* me iba a preguntar qué me había parecido. Aquella vez había sido *Muerte en Venecia*, cuyo personaje principal era pelirrojo y cuya historia puede servir para muchas conversaciones. Así que cuando me preguntó le respondí que le daría mi opinión si nos sentábamos a tomar un café.

Me contó que cuando era pequeña, entre las chicas de su colegio, tenían por costumbre que, cuando veían a un pelirrojo, se dijeran: “*pelirrojo mala suerte*” y seguidamente tocaban a alguien el cual sería portador de esa desgraciada mala suerte. Su abuela, a la que adoraba, había sido pelirroja y aquella costumbre le resultaba ridícula y pueril, por lo que ella, muy cristológica, se ofrecía a aceptar las malas suertes de todas sus compañeras, algo que decían que les hacía perder toda la gracia del maleficio.

Mientras me contaba aquello yo ya me imaginaba los cruces genéticos entre ella y yo y las posibilidades de que nos salieran unos hijos pelirrojos. Si en mis genes ambos alelos son pelirrojos, y su abuela fue pelirroja, es decir, también tuvo ambos alelos pelirrojos y su hija heredó uno de ellos, existe la posibilidad de que Alicia conserve uno de esos alelos. Por tanto, tendríamos el cincuenta por ciento de posibilidades de que nuestro Tom (por Tom Sawyer) y nuestra Becky (la chica de Tom) sean pelirrojos. Ya

ya ya, sí, ya sé que ella puede no portar el alelo pelirrojo tras dos generaciones, pero tampoco mis padres son pelirrojos y miradme a mí (para aquellos que no estéis al tanto de estos asuntos, el alelo pelirrojo es recesivo, es decir, siempre pierde a no ser que se empareje con otro alelo pelirrojo). Aún así, veía con absoluta claridad a ella, a mí y a nuestros dos hijos pelirrojos junto a la piscina leyendo. Yo leyendo el *Ulyses* de James Joyce (pues en ese momento ya estaría preparado), el pequeño Tom leyendo a *Tintín*, y la pequeña Becky leyendo *Teo en la Biblioteca*. ¿Y Alicia? Alicia estaría leyendo algo que yo no alcanzase a entender todavía.

Café e infusión. Café e infusión. Café e infusión. Café, infusión, café e infusión. Cerveza y Coca-Cola. Cerveza, Coca-Cola, cerveza y cerveza. Cerveza, cerveza, unas tapas, paseo. Cerveza, Coca-Cola, tapas, cine, cerveza. Y nos hicimos novios entre uno de esos puntos y seguido.

Las mujeres nos cambian. Antes de conocer a Alicia yo era un pelirrojo. Ahora soy un escritor pelirrojo. Quizás ella me convierte en su fantasía y yo, como no era lector, no tenía fantasías y tal como la conocí ya me parecía maravillosa.

Hay algo que se llama el efecto mariposa, explicado vagamente quiere decir que un hecho en apariencia inocuo, causa un mínimo cambio en su alrededor que a su vez provoca otros cambios, generalmente la gente se toma al pie de la letra lo de que el aleteo de una mariposa en Hong Kong puede desatar una tormenta en Nueva York, que proviene del proverbio chino “*el aleteo de una mariposa se puede sentir al otro lado del mundo*”. Es decir, alterando los valores o hechos, por mínimos que sean, en una trayectoria, se alterarán sus resultados (Teoría del Caos) y los resultados a largo plazo serán imprevisibles (lo del efecto mariposa no lo aprendí leyendo, pero esto último sí).

Mi amigo, mientras paseaba por la calle, había resbalado con una mancha de aceite y se hizo un esguince. Me pidió que recogiera el libro en su casa y lo devolviera a la biblioteca; me crucé con un niño pelirrojo que podría ser mi primo; la bibliotecaria lo confunde con mi hermano y entablamos una conversación; nos enoviamos; me he vuelto adicto al amor y a la lectura. El efecto mariposa comenzaría (hasta donde mis conocimientos alcanzan) en la mancha de aceite, sin embargo, me parece más literario comenzarlo en el momento en que me cruce con Doppy (de *Doppelgänger*, nombre que di a mi primo), de ahí que a estas alteraciones las llamo “el efecto pelirrojo”.

## POST SCRIPTUM:

Un año después de haber escrito lo anterior, debo incluir un dato importante. Hace una semana me encontré con Dopy en la biblioteca. Había crecido, pero estaba claro que era él. Sabía que podía ser la última oportunidad que tenía de entablar una relación con mi familia, así que me acerqué al chico y, con eso de que ambos éramos pelirrojos, encontré el punto común para una conversación. Le pregunté por su nombre: Arturo. Y luego por sus apellidos: Pérez González. ¿Qué era aquello? ¿Una broma? Su segundo apellido debería ser como el mío. ¿No era mi primo?

–Y tu mamá ¿Cómo se llama?

–Adela.

–Adela ¿qué más?

–Adela González Larrea.

–¿Y de dónde sois?

–De Cáceres.

–Pensé que vivías en Madrid.

–No. Aunque en primero fuimos a Madrid con el colegio.

Fingí una sonrisa y durante unos segundos hubo un efecto pelirrojo que alteró todos mis pensamientos. Cuando conseguí reiniciar la realidad, dije:

–Bueno, pues encantado de conocerte. Y ya sabes: ¡vivan los pelirrojos!

El chico sonrió y se marchó hacia la cafetería.

Durante casi dos años he estado convencido de que aquel niño era mi primo, de que aquella mujer era la hermana de mi madre. Es cierto que no tiene comparación a cuando uno se entera de que es adoptado, pero la sensación de orfandad me ha invadido como si hubiera sido tal. Me consuelo pensando que perdí un primo pero gané mucho más. El falso primo me llevó a los libros y a Alicia, presentes en mi día a día. Y tras este último suceso debería cambiar el principio de mi historia: no todos los pelirrojos somos iguales, aunque algunos nos parecemos bastante.